

Prólogo a la segunda edición

Hace más de diez años, mientras releía algunos capítulos de *Lo cubano en la poesía*, caí en la cuenta de que las críticas de Cintio Vitier al afrocubanismo y a *La isla en peso* procedían de un mismo lugar, y ese lugar no era tanto “lo cubano” como “la poesía”. Vitier no se limitaba a excluir a Piñera y a Guillén del canon nacional; afirmaba que tanto los poemas negristas de este como el poema “antillanista” de aquel estaban limitados *poéticamente*. Pero, ¿qué idea de la poesía fundamentaba tales reparos? La respuesta la encontré en un breve cuaderno, *Poética*, publicado en 1961, cuando aún existían en Cuba imprentas privadas. En los cuatro ensayos magistrales reunidos ahí Vitier dialogaba de tú a tú con Valéry, con el abate Bremond, con el surrealismo, para fundamentar una noción esencialmente religiosa de la poesía, no sólo en el sentido de la creencia y de la fe, sino en el más profundo del término *re-ligare*, esto es, integrar, y además jerarquizar, ordenar.

Poesía contrapuesta a la idolatría de la letra, a la vida literaria, al intelectualismo de la poesía pura, a los ismos del siglo. Si para Vitier toda literatura es pagana –mundo sin trascendencia, hecho de retóricas metamorfosis–, la poesía sería en cambio esencialmente cristiana, y a la vez, de alguna imprevista manera, también cubana, en tanto aparecía ya en los comienzos: el ramo de fuego en el mar, la visión del Almirante. “¿Una isla infinita, desafío a la razón, o hecha de infinito, de deseo de infinito, como la poesía?”, se pregunta Vitier en su “Discurso de la intensidad” (*Resistencia y libertad*, p.168) Sí, la isla había nacido en la poesía; esos orígenes, con todo lo que entrañaban de bautizo y profecía, la unían a un orbe católico del que Guillén y Piñera la disgregaban, convirtiéndola en poco más que una “atroz antilla cualquiera”. Lo que de falso había en esa Cuba telúrica y desmemoriada equivalía, para el autor de *Lo cubano en la poesía*, al elevado componente literario, retórico, de poemas

como “Palabras en el trópico” y *La isla en peso*: la Cuba de Guillén y de Piñera era impostada justo porque procedía de la literatura más que de la auténtica poesía. Ciertamente, la *Poética* de Vitier, pero también ensayos suyos más recientes, como los reunidos en 1999 en el volumen *Resistencia y libertad*, venían a iluminar sobremanera todo *Lo cubano en la poesía*: se trataba, en aquellas lecciones fundamentales, de lo cubano *sub specie poiesis*.

A partir de ese “foco” original, este libro fue creciendo hasta abarcar buena parte de la historia intelectual de Cuba en el siglo XX. Los límites del origenismo son, en principio, esos dos: el negrismo y, en un sentido más general, el vanguardismo de la *revista de avance*; Piñera y su *Isla en peso*. Pero se extienden hasta *Ciclón* y *Lunes de Revolución*, y de ahí a los avatares del origenismo en las décadas siguientes, desde los años del ostracismo de Lezama a la entronización de Vitier como ideólogo del período especial. Uno de los más importantes capítulos de la literatura cubana del siglo pasado –aunque, ciertamente, no el único de categoría; no olvidemos que a la generación anterior debemos clásicos cubanos de la talla de Guillén, Carpentier y Novás Calvo–, *Orígenes* remite a la polémica del independentismo y el autonomismo, a la dicotomía de la Cuba caribeña y la Cuba atlántica, a las interpretaciones nacionalistas del *Espejo de paciencia*, a *De donde son los cantantes* y la “mala lectura” de Lezama a cargo de Severo Sarduy.

Remite, por oposición, a esos otros –Guillén, Piñera, Novás Calvo– que llamé, destacando el contraste con los patricios origenistas, proletarios. Si la poesía de Eliseo Diego, Cintio Vitier y Fina García Marruz se recrea en el motivo de la quinta colonial, esos interiores con mamparas donde confluyen la piedad cristiana, la devoción patriótica y la percepción de lo cubano como algo suave al tiempo que resistente, leve pero inapresable, aquellos ofrecían otra Cuba, más de intemperie, más violenta, más popular, más moderna. En uno de aquellos “motivos de son” que el 20 de abril de 1930 sacudieron nuestra ciudad letrada, “Hay que tené boluntá”, un negro pide a su negra que empeñe la plancha eléctrica

para poder él desempeñar su “flú” (su traje); esta graciosa escena, posiblemente enmarcada en un cuarto de solar, o en las áreas comunes del mismo, tipifica muy bien la perspectiva de toda esa gente sin historia que, a diferencia de los criollos arruinados, no cuentan más que con su desparpajo, su picardía y su “boluntá”. Retomando el título de la primera parte de *Tres Tristes Tigres*, cabría llamarlos también “debutantes”; carentes de legado que continuar o conservar, representan no ya la Cuba venida a menos sino la que *va a más*, esa Cuba empeñada en salir de pobre que Lorenzo García Vega escamotea en *Los años de Orígenes*.

Es justo cuando, en los años noventa, la crisis económica viene a evidenciar que el desarrollo prometido en los sesenta no llegó ni llegaría nunca, que la Cuba mitificada de los patricios de Orígenes se vuelve consonante con el discurso oficial. En un ensayo de 1962 Lezama interpretaba las inmensas plazas y catedrales de Portocarrero como una forma de superar el “espíritu de las ruinas”; ante la pérdida fatal de aquel “palacio de plenitud familiar” habitado en la niñez, “nuestros artistas –escribía– han tenido que buscar la isla de las pascuas infantiles” (*La cantidad hechizada*, p.391) Ahora, entre ruinas cada vez más fehacientes, el estado sacaba buen provecho del regreso a esos mitos de fundación. A la legendaria cena de dona Augusta, cuando sus ingredientes no se encuentran ni en los centros espirituales. A esa “intuición de la Isla” que estaba, al decir de Vítier, en el centro de Orígenes, y que suponía una unidad en un centro que no podía ser otro que la poesía.

Si reivindicé la perspectiva proletaria, no fue porque creyera que la misma es más fiel a “lo cubano” que la visión de los patricios. De hecho, Cuba es ambas: la quinta de Arroyo Naranjo y los cayos llenos de mosquitos; las reliquias familiares de Rialta y el ansiado ventilador de Luz Marina; la Cuba telúrica, fogosa, goyesca, de Carlos Enríquez y la Cuba azul, todo mimbre y colibrí, de Fina García Marruz; la nostalgia de la Calzada de Jesús del Monte, lento reverso de la moderna avenida de Rancho Boyeros y de las nuevas cafeterías al estilo yanqui, y los vertiginosos recorridos a cien por hora en el flamante convertible de

Arsenio Cué por el Malecón y La Rampa. Sólo que mientras los grandes narradores plebeyos habían terminado en el exilio, la obra de los origenistas que a pesar de todo permanecieron en la isla, ofrecía ahora fundamentos a un estado que los necesitaba perentoriamente. Vitier y García Marruz, administradores del legado, insistían en que “la sustancia del tiempo no es ruina sino futuro, esperanza, advenimiento” (*Obras 4*. p.293). Ellos, gustosos de citar aquella frase de Martí sobre el subsuelo, querían ver más allá del desastre. Pero, si se miraba a ras de suelo, esos mitos nacionalistas eran más bien parte del desastre.

Límites del origenismo no es, entonces, un libro sobre la revista *Orígenes*. Esta revista, que ha sido bastante bien estudiada, es desde luego otra cosa, algo necesariamente más amplio y variado. En *Orígenes* publicaron Lydia Cabrera y Wilfredo Lam, pero es obvio que ellos poco tienen que ver con Orígenes, así como Lezama tiene poco que ver con los jóvenes airados de *Lunes de Revolución* a pesar de haber publicado en ese magazine. Lo que se ha dado en llamar “origenismo clásico”, o simplemente origenismo, no es sólo el relato sobre el grupo Orígenes que Vitier fue creando a partir de su conversión revolucionaria a fines de los sesenta, sino también esa poética que encontramos en un buen número de obras, tanto de poesía como de ensayo o crítica, publicadas –antes, durante o después de los años de *Orígenes*, en la revista o fuera de ella– por Lezama, Vitier, García Marruz y Eliseo Diego, sobre todo, aunque también son imprescindibles “Tendencias de nuestra literatura”, de Gastón Baquero, los ensayos de Guy Pérez Cisneros sobre pintura cubana moderna, y algunos poemas y ensayos de Octavio Smith.

Hay notables diferencias entre estos autores, pero también comunidades fundamentales: la idea de que lo nacional no reside tanto en el tópico o tema como en la mirada, en la perspectiva; la celebración de la “pobreza irradiante”, esa supuesta pureza de los orígenes recuperada luego de la caída en la farsa de la vida republicana; la preeminencia de la poesía entendida siempre a partir de los misterios cristianos; ese fondo francamente conservador,

“antimoderno”, nutrido de fuentes católicas (Maritain, Claudel, Leon Bloy, Wladimir Weidlé, Chesterton...), que había sido bastante desapercibido por la crítica y que me pareció conveniente destacar. Si Vitier, devenido en ideólogo ilustre de la Revolución, era de hecho reaccionario, revelar así el núcleo de su pensamiento equivalía a una defensa de la democracia liberal, de la modernidad misma, de la crítica, todo aquello que, en los años que siguieron a la caída del muro de Berlín, él y García Marruz rechazaban en virtud de –una vez más– lo cubano y la poesía.

Este libro responde a ese contexto de crisis del “período especial”, años de hambre, apagones y éxodo masivo, cuando los límites de la ciudad origenista se manifestaron con más crudeza que nunca en escritos como “Martí en la hora actual de Cuba” y *La familia de Orígenes*. Por la época en que fue redactado, era común encontrar artículos, poemas y entrevistas de Vitier en las revistas y periódicos del país; creo haberlo visto, incluso, en alguna “mesa redonda” televisiva defendiendo la Batalla de Ideas. Aunque menos dada a aparecer en público, también García Marruz publicó bastante por entonces: no sólo su conocido ensayo sobre Orígenes sino también “María Zambrano entre el alba y la aurora” (1998), *Darío, Martí y lo germinal americano* (2001), y *El amor como energía revolucionaria en José Martí* (2003). En esos escritos, Vitier y García Marruz reducían prácticamente el mundo de la gracia poética al de una modernidad “nuestra”, americana, proveniente de Dante y de la utopías ibéricas, modernismo creador y profético que culminaría en Martí y en la Revolución Cubana. Fuera de ese espacio luminoso, amurallado por la poesía, se extendían amenazantes, en el mapa del mundo que ellos dibujaban, el surrealismo, el neobarroco, el existencialismo, el posmodernismo, tierras bárbaras de una modernidad “otra”, enemiga incluso.

“Una trinchera no es un parlamento”, afirmó Vitier en “Resistencia y libertad” (1992). La única libertad a la que debíamos aspirar no era aquella, importada, de la “conciencia crítica”,

sino la “tensa libertad de la bandera [...] ondeante y sujeta”. “Ayudemos a forjar esa plenitud como si fuera –porque debe serlo– el nacimiento de un poema colectivo, ya que la historia para nosotros no se parece a la razón ni al absurdo, sino a la poesía” (*Resistencia y libertad*, p.104). Se ve cómo, en Vitier, la concepción de la historia procede de la poética; es, en última instancia, una extensión de la misma. Si la poesía, más allá de la antinomia de la razón y el absurdo, era un misterio, otro tanto era esa historia donde la libertad, paradójicamente, necesitaba de una cierta fijazón: sin su asta, la bandera no ondearía más, condenada a vagar sin rumbo por abismos infinitos, como en una pesadilla surrealista o existencialista; es sólo la sujeción al centro lo que hace de ella poema, criatura de libertad.

Admiraba uno, ciertamente, la fuerza expresiva de Vitier, la coherencia de su pensamiento, pero se echaba en falta otra libertad, una que, para seguir hablando en metáforas, no fuera ya esa de la bandera sino la de un papalote volando alto, tan alto que casi se pierde de vista. (Izar la bandera fue siempre un tedio en los matutinos escolares; empujar papalotes, parte de ese *paideuma* infantil del que hablaba Lezama en su prólogo a *Rayuela*: como el columpio, el papalote comunica “irrealidad, desprendimiento, levitación”.) El único modo de practicar esa libertad, o por lo menos uno de los más socorridos, fue por entonces lanzarse al mar en una balsa. Confrontado con esa realidad, Vitier propuso “el experimento de una formación martiana que vaya desde el círculo infantil hasta las especialidades universitarias, y que sólo termine con la vida” (*Resistencia y libertad* p.152). *Límites del origenismo* tenía que ser, por fuerza, una crítica a fondo del ideario de Vitier y García Marruz, de ese repertorio de mitos donde nacionalismo, poesía y religión se conjugaban para legitimar la dictadura.

Se equivoca, entonces, Jorge Luis Arcos cuando afirma que el más profundo reparo de este libro tiene que ver con “la asunción por parte del grupo [Orígenes] de una cosmovisión poética omnicomprendiva” o trascendente (*Kaleidoscopio*, Colibrí, 2012, p.157). Mi crítica

no se dirige tanto a la cosmovisión en sí, como a la relación entre ese fundamentalismo poético y la política, esas nupcias de Orígenes y la Revolución que los discípulos de Vitier, más interesados en “la intensidad cognoscitiva” y la “calidad literaria” de los escritos del maestro, tendían a desconocer. Aún en 2005, el propio Arcos vaticinaba, en su ensayo “La arena mojada o el legado de Orígenes”, que “esas lecturas contemporáneas y demasiado contextuales, tanto de Cintio y Fina como la de muchos de los que los critican por tal motivo, pasarán a un segundo plano de importancia, y sólo quedará el valor intrínseco de sus obras” (*Desde el légamo*, Colibrí, 2007, p.124).

En su libro sobre García Vega, Arcos insiste: “Es muy fácil, desde una tendencia epocal predominante, releer una parte de la tradición y condenarla como retrógrada o reaccionaria. Es un espejismo. Sólo para el creador eso puede tener un sentido si lo estimula como un agón para buscar su propia singularidad.” (*Kaleidoscopio*, Colibrí, 2012, p.163). Subyace aquí, obviamente, una falta de reconocimiento de la autonomía de la crítica, que aparece siempre supeditada a la creación; como si aquella, en caso de no ser “creadora”, careciera de verdadero fundamento, alcanzara menos trascendencia. En tanto ejemplos de esa crítica que llama “ecuménica”, Arcos menciona a “los propios Vitier y García Marruz, en sus mejores momentos” (p.117), y no me extraña, porque toda esta ‘crítica de la crítica’ viene directamente de aquellos maestros, cuya pedagogía, como de sobra evidencian *Resistencia y libertad* y *La familia de Orígenes*, no procede de la ilustración sino de la reacción a la misma.

Décadas atrás, en “La palabra poética”, el más antiguo de los ensayos reunidos en *Poética*, Vitier celebraba “la potencia por donde el hombre no sólo es, sino se siente ser, por donde la soledad última de la persona trasciende en un impulso de comunión que está más allá del diálogo y de los actos sucesivos.” (*Poética*, p.34) Era, en cierto modo, su opción en el eterno debate entre las dos fuentes de la cultura occidental. Si a Atenas corresponde el diálogo, la ciudad y las instituciones, Jerusalén es la revelación y la comunión. Y es justo allí,

en tierra santa, donde Vitier encuentra “ese carácter silencioso de la verdadera palabra, de la que no sirve para coloquio ni oratoria ni mayéutica”. La poesía no se hallaba en el mundo siempre ruidoso, discursivo, pendenciero, de la ciudad, sino en el ámbito espiritual de la comunidad, en el de la comunión de los santos.

Es esa reticencia al mundo de “lo sucesivo” y de la palabra polémica –porque los diálogos socráticos son sobre todo dialéctica, debate–, lo que subyace a los señalamientos de Arcos. El énfasis origenista en lo creador, en lo primigenio, en esa “experiencia de la poesía” que no se deja traducir en ideas, porque está siempre más allá de la esfera propiamente intelectual, lo lleva a perder de vista el *quid* de la cuestión, que está un poco más allá, o más acá, de la poesía en sí: son las trampas de la poesía, las malhadadas consecuencias de un pensamiento que ha caído en la tentación de dar por cumplido el ideal de una ciudad que fuera, de algún modo, participación antes que diálogo, un ideal que, con todo rigor, cabe llamar totalitario.

“Es, para poner un caso semejante sin salirnos del origenismo, como si repudiáramos a Baquero como poeta por su compromiso con el régimen de Fulgencio Batista”, escribe Arcos en su defensa del “legado de *Orígenes*” (*Desde el légamo*, p.124). Yo insisto en la diferencia entre ambas dictaduras, pero sobre todo en la diferencia del vínculo entre ellas y las obras de los poetas en cuestión. *Ese sol del mundo moral* y *La familia de Orígenes* no son ensayos meramente contextuales, contingentes, escritos por compromiso. La legitimación de la dictadura castrista se realiza ahí desde una perspectiva genuinamente origenista, a partir de esa suerte de nacionalismo poético –y metafísico en tanto ambiciona realizar su esencia intrínseca en un estado, en la figura o la forma de un estado–, ostensible ya en los ensayos publicados por sus respectivos autores en *Orígenes*. El evangelio de la poesía se convierte en estos libros en la buena nueva de la Revolución, y todo aquel que ha advertido en el castrismo la mueca horrible del ángel pintado por Antonia Eiriz debe precaverse al respecto.

Frente al fundamentalismo poético de Vitier y García Marruz, había que reivindicar la crítica, “el ácido que disuelve las imágenes”, para decirlo en palabras de Octavio Paz. No ya Mañach ni Varona –ajenos a las “raíces protozoarias de la creación”– sino Paz, nada sospechoso de falta de vocación poética, no dejó de señalar que tan necesaria como la creación poética y mitológica, es en la modernidad esa crítica que acomete la tarea de destruir los ídolos falsos. Porque cuando no existe un mínimo balance entre la una y la otra, se produce el desastre que sufrimos en Cuba, ese “estado nacional poético” al que conducían, en palabras de Vitier, “los ríos invisibles de la patria”. Frente a aquella *poesía* que venía a apuntalar con sofismas éticos y espirituales el edificio ruinoso de la Revolución, ¿qué quedaba sino ejercer la potencia corrosiva de la crítica como desmitificación, como desenmascaramiento de la ideología? No es que mi crítica fuera “ideológica”, como señala Arcos; en rigor, la ideología era Vitier y García Marruz, era el origenismo.

Mi crítica no es, ciertamente, “integral” –la palabra misma me disgusta, por sus resonancias guevaristas, aunque entiendo que en lengua origenista remite sobre todo a aquel “humanismo integral” de Maritain que ya Lezama mencionaba en el editorial del primer número de *Verbum*– pero, ¿lo es esa otra crítica que, huyendo de lo “discursivo” en busca de cotos de mayor realeza, relega la historia y la política? Después de su época de esplendor en los ochenta, cuando Emilio de Armas y Raúl Hernández Novás escribieron los ensayos que marcaron la pauta de lo que llamo “Orígenes *Renaissance*”, esa crítica origenista se había ido apoltronando, agotando incluso. Enfática en el rechazo a lo que llamaban “crítica negadora”, no era sin embargo una crítica “creadora”, en el sentido en que lo es la de Lezama, Vitier y García Marruz, sino una que había hecho de ello –la poesía, la creación, la trascendencia– una cierta retórica.

Claro que su celebración de la pobreza no le resta un ápice de valor a los poemas de Vitier y García Marruz (¿qué decir del gran Rilke?) Claro que la raíz católica o reaccionaria

tampoco es una limitación literaria (¿qué decir del gran Pound?), pero ocurre que nuestra perspectiva hacia estos no es la misma que hacia Cintio Vitier y Fina García Marruz. Empeñado en situarse en un futuro que no ha llegado, mucho menos cuando se escribió *Límites del origenismo*, Arcos llega a preguntar: “¿A quién le interesa hoy día precisar las injusticias de Dante en sus círculos infernales?” (*Kaleidoscopio*, p.138) ¿Habrá que recordar que Orígenes no era en modo alguno pasado en esos años, que las batallas que se dieron entonces son más próximas que aquellas que enfrentaron a güelfos y gibelinos en la Florencia del siglo XIII, que las injusticias en cuestión no eran equivalentes a imaginar a alguien con la cabeza bajo el agua o fuera de ella en la tétrica laguna?

Precisamente porque el origenismo no es comprendido como un objeto del pasado sino como un hecho del presente, la visión predominante no es la visión del historiador. Es, insisto, la del crítico; una que no sólo acomete la tarea de investigar, por ejemplo, esas fuentes “antimodernas” de Vitier y García Marruz, sino que las relaciona con su nefasta consecuencia –la legitimación de la dictadura–, para terminar tomando partido. Porque la toma de partido, aun cuando se hace más explícita en los capítulos finales, estaba desde el comienzo, en cada página del libro. Fue justo eso –la pasión crítica que diría Octavio Paz–, no la lógica ni la sociología, lo que hizo avanzar la investigación de los “límites del origenismo”, en medio de no pocos obstáculos.

Escrito entre apagones –en 2003 y 2004, a veces se iba la luz hasta varias veces en un día–, sin internet, sin acceso a mucha bibliografía, este libro adolece de muchas limitaciones. A veces cedí a la tentación, tan propia de los principiantes, de querer decir todo, y ello me llevó a una cantidad que puede resultar abrumadora para el lector, y, por momentos, a una dispersión que daña la intensidad crítica del ensayo. Alguna que otra crítica a un libro académico fue demasiado cáustica, innecesaria incluso. Hoy lo escribiría distinto; o quizás no lo escribiría. Sería, en todo caso, otro libro. En esta reedición, además de subsanar un error

bastante grueso de la primera edición –es ahora donde se publican por vez primera las versiones finales de los capítulos dedicados al negrismo y a Piñera, que no aparecieron en la edición de Colibrí– he cambiado, simplificándolos, los nombres de algunos capítulos, y he hecho una somera revisión de estilo de todo el texto.

En cuanto al contenido en sí, matizaría algunas cosas; sobre todo, creo que si hace diez años tuviera mi perspectiva actual, hubiera cambiado la apreciación de *Lunes de Revolución*, que sería mucho más crítica. Ciertamente, los de *Lunes* propiciaron la clausura bajo la guisa de la apertura; con el cierre de la prensa libre, a la que mucho contribuyeron, estaban cavando, sin darse cuenta, su propia tumba. Hijos de la Revolución, serían al cabo los hijos de Saturno, mientras que los origenistas católicos, en una peripecia muy diferente, pasaron de ser “compañeros de viaje” a presentarse al cabo como los padres espirituales –o imaginales, que no imaginarios– de la Revolución. Así como en Orígenes se lee el ideario “antimoderno”, propio de la derecha contrarrevolucionaria, en *Lunes* se puede encontrar cierto ideario jacobino o trotskista, de la extrema izquierda, igualmente nefasto.

No ha sido ese, sin embargo, el punto más criticado de *Límites del origenismo*. Dos pasajes del último capítulo, mis lecturas críticas de “Pequeña historia de Cuba”, de Eliseo Diego, y de *Los años de Orígenes*, de Lorenzo García Vega, han sido cuestionadas, aunque, en mi opinión, no refutadas. Me reafirmo en ellas; entre los apéndices, se puede leer mi reciente réplica a Arcos, a propósito de García Vega. Además, he incluido un extenso diálogo con Pedro Marqués donde tuve ocasión de precisar algunas de las cuestiones más controvertidas del libro, y también un breve artículo escrito a raíz del cincuentenario de *Lo cubano en la poesía*, que retoma ese señalamiento sobre la identidad última de lo cubano y la poesía que me parece, como señalaba al comienzo de este prólogo, la idea central de *Límites del origenismo*.